

OCIO Y TURISMO

Por

Alfredo Robles Alvarez de Sotomayor,
Catedrático de la Escuela Superior de Comercio de
Madrid. Profesor de Derecho Privado Turístico de
la Escuela Oficial de Turismo

EL TURISMO COMO LIBERACIÓN

En todo momento hay un hombre que ha suspendido su trabajo y piensa en sus vacaciones. Atractivos folletos, desplegados espléndidamente confeccionados, revistas especializadas le solicitan, ofreciéndole montañas nevadas, playas tropicales, valles apacibles, las vastas soledades de los desiertos, los minúsculos paraísos de islas perdidas en el Pacífico. Grecia nos sugiere la visita de las Cicladas con breves estancias en lugares de tan bella tradición como Delos y Mykonos. Inglaterra nos invita a visitar Cotswolds o los lagos de Escocia. Las Bahamas excitan la fantasía con un paisaje de palmeras al fondo de una playa solitaria de dorada arena a la que arriba suavemente un mar de azules matizados. Italia pone en línea su increíble variedad de ciudades y paisajes, y Alemania ofrece al viaje por la "Romantische Strasse" con su teoría de ciudades medievales y, al final, el premio de Baviera.

Millones de seres humanos sueñan despiertos esperando unos días alegres, libres, llenos de sensaciones inéditas, de incidentes varios, o de pláticas amables en las terrazas francesas o italianas, de fados portugueses, visitas a Pigalle, o sardanas en la Costa Brava. Un aire ligero, un especial talante es el del turista, liberado de la preocupación del trabajo diario, de los días monótonos, de la rutina idéntica que lleva consigo lo eternamente repetido.

AUTOMATIZACIÓN Y OCIO

Los millones de europeos y americanos que cada año emprenden alegremente su aventura estival son la consecuencia de un constante progreso en su nivel de vida, de las vacaciones pagadas y de muy diver-

sos motivos que les impulsan a salir de su contorno habitual par asu-
mergirse en lo nuevo, distinto y muchas veces sorprendente.

El "turista", expresión de nuestro tiempo, es algo más que el "via-
jero", el "forastero", y ha sustituido a "los ingleses", como en mi An-
dalucía natal se denominaba a nuestros visitantes, cualquiera que fue-
se su nacionalidad, quizá por el número desproporcionado de éstos que
viajaban con relación a otros pueblos y por adecuarse las instalacio-
nes hoteleras a sus gustos y aficiones, el pueblo no veía más que bri-
tánicos en todo ser más o menos estrafalario que hace cuarenta años
se aventuraba por las rutas patrias.

Estos pocos "ingleses" han sido sustituidos por millones de emplea-
dos y obreros que cada año gastan sus ahorros o simplemente el im-
porte de sus vacaciones pagadas en conocer otros países, en descansar
o en divertirse. Y esta conquista del ocio pagado está sólo en sus
comienzos. Entre las luchas sociales de mediados del siglo XIX para
humanizar las condiciones de trabajo y las semanas laborales de Nor-
teamérica y la Europa económicamente desarrollada media un abismo,
distancia que tiende hoy día a agrandarse y a acelerarse. Si hace cien
años el hombre que trabajaba vivía una existencia por debajo del ni-
vel de lo humano, nuestro tiempo ha de enfrentarse con la difícil tarea
de proporcionar a millones de hombres y mujeres ocupaciones gra-
tas, sugestivas y que devuelvan a las masas el gusto por una existen-
cia más noble a través de la educación para la libertad, pues en defi-
nitiva el ocio, cuyo horizonte está próximo, no será sino la libertad en
su más aristocrático sentido.

OCIO Y CIBERNÉTICA

Se anuncia la generación de la cibernética, y si las gentes admiran
hoy (por no mucho tiempo, pues todos los logros técnicos los conside-
ra el hombre actual como cosa normal) las sucesivas etapas en la con-
quista del espacio, desconocen en cambio otras poderosas fuerzas que
se han liberado. Los computadores electrónicos, que se encuentran aún
en su infancia, van a modificar esencialmente la estructura social, a
través de la automatización. ¿Causarán un amplio desempleo?, ¿Liber-
rarán al hombre de su esclavitud a la máquina?, ¿Nos darán la oportu-
nidad de emplear nuestras facultades espirituales en sectores más
amplios de las limitaciones actuales?

La cibernética ha afectado profundamente el mundo que Toynbee ha llamado de "la revolución industrial permanente" aumentando enormemente la productividad, abaratando el precio de muchos productos y acortando el tiempo de trabajo.

El progreso de la automatización si bien resuelve algunos problemas crea otros nuevos, el principal de los cuales es el empleo de quienes perdieron su trabajo o colocación para las nuevas fuerzas de trabajo, que no conseguirán tareas por haber sido ocupados sus posibles puestos por las máquinas. La sociedad del futuro ha de prever estos gigantescos cambios sociales para los cuales nada se ha previsto aún.

Sin dar excesivo cauce a la fantasía, ciertos economistas creen que dentro de un siglo llegaremos a la semana de veinte horas de trabajo. Lo que ello significa para el hombre es casi imposible de imaginar, y el reajuste social que implica excede desde luego de la modesta capacidad de quien esto escribe.

Lo que si es evidente es que nuestro concepto actual del pueblo como conjunto de productores y consumidores va a quedar ridículamente arrumbado, y millones de seres humanos se van a enfrentar con la tragicomedia de ajustar sus condiciones de vida a un tiempo libre concedido simultáneamente como un regalo y una maldición. Si la revolución industrial en su desarrollo encadenó a millones de personas a tareas subhumanas, es posible que la era de la automatización traiga consigo la libertad y la paradoja de no saber qué hacer con ella.

LA ÉTICA DEL TRABAJO Y DEL OCIO

Nuestra Sociedad ha hecho del trabajo su religión. Ha invertido totalmente el clásico sentido de la cultura, en la que se trabajaba para tener ocio, por la divinización del trabajo. La crítica de esta postura ha sido formulada por filósofos, sociólogos, políticos y religiosos, alarmados por el espectáculo de unas gentes frustradas y descontentas. "Nuestra sociedad occidental contemporánea —dice Erich Fromm—, a pesar de sus conquistas materiales, intelectuales y políticas, no nos conduce a una mejor salud mental, sino que tiende a minar la seguridad interior, la felicidad, la razón y la capacidad de amar del individuo, transformándolo en un autómatas, que paga su fallo humano con la enfermedad de la mente, y con una desesperación profunda oculta bajo un im-

pulso frenético hacia el trabajo y el pseudo-placer." En las grandes ciudades modernas se concentran millones de hombres originando gigantescos problemas sociales que han de ser resueltos para que el todo funcione, de igual manera que han de hacerlo las fábricas del cinturón industrial o las oficinas gregarias, donde funcionarios o "empleados" entregan la más importante parcela de su vida a cambio de un salario.

"Funcionario", "empleado" u "obrero" son términos genéricos que reflejan la inserción de hombres concretos con deseos, apetencias y sueños individuales en esquemas de organización que para funcionar exigen que estas singularidades de la persona queden en la puerta como quedan colgadas las prendas de vestir. La organización deshumaniza, y la vida en las grandes ciudades es totalmente anónima, ya que las gentes se vinculan unas a otras no como personas, sino como abstracciones económicas, son "clientes", "viajeros", "consumidores" o "contribuyentes", o meros buscadores de placer desenfrenado o de diversiones masivas. En estas ciudades sabemos que el individuo se siente solitario e insignificante, naciendo en su alma el deseo de pertenecer a algo, de sentirse arraigado en una comunidad en la que pueda equilibrar su personalidad individual con actividad socialmente significativa.

La capitanía industrial de los pueblos protestantes y su peculiar ética laboral, derivada de la reforma, han hecho creer que el éxito mundano es un signo de predestinación. Aun cuando esta raíz religiosa comience a perder hoy sentido, cualquiera que haya visitado los Estados Unidos ha podido observar cómo el éxito de la empresa, la promoción, el ascenso hasta la "executive suite" es el ideal mundano indiscutido de estos azacanados productores. Aranguren ha podido decir en su fino estudio sobre "El ocio y la diversión en la ciudad" que "en este mundo todo el sentido de la vida consiste, desde ahora, en su trabajo. En el trabajo se encuentran el deber y la dignidad del hombre. El voluntarismo moderno comporta una ética del deber y, con ella, una ética del trabajo. Es verdad que el trabajo es acometido afanosamente, pero también *como un deber*. Ahora bien, el deber supone siempre un elemento de compulsión. Por eso, poco a poco, se van disociando en cada hombre trabajo y placer".

Esta ética del trabajo tropieza también con una última resistencia que le opone el trabajador de nuestros días. El ritmo rutinario de la tarea diaria, la necesidad tan evidente en nuestra Patria de simultanear

dos o tres tareas para poder vivir, han creado la conciencia de que este exceso no es sino un profundo desorden, del que pretendemos librarnos erróneamente a través de la diversión. Alternando monotonía laboral y anarquía festiva, el hombre moderno ve transcurrir sus días mientras crece en su interior el deseo y la nostalgia de un uso y empleo más propio de su dignidad de ese único y precioso bien que es su propia vida.

Frente a esta ética del trabajo cobre nuevo impulso la ética del ocio, cuya elaboración es urgente ante las perspectivas antes enunciadas. Para el clásico ocio no significaba lo que para el hombre moderno, que frecuentemente confunde la noble palabra antigua con la ociosidad, tan vilipendiada y con razón, pues si bien hemos de propugnar una dimensión de noble ocio en el hombre, ello nada tiene que ver con las formas degeneradas de la vagancia encubierta, ni las más o menos pintorescas "angustias" de quienes sin producir nada valioso ni intelectual, ni artísticamente, se justifica desempeñando papeles de pensador o creador de belleza incomprendido en el gran teatro del mundo.

El ocio clásico, bien como contemplación de la belleza del mundo, bien como moderada actividad no dirigida a fines utilitarios, era el fin noble de la vida. Archiconocida es la afirmación de Aristóteles, para quien el trabajo era medio para luego disfrutar del ocio. Mientras el tiempo empleado en el ocio eleva al hombre, el perdido en la ociosidad encuentra nuestra automática repulsa. Comprendemos el solitario paseo de Antonio Machado, pero nadie admira la garrula charla llena de crítica acerba, de utópicos proyectos de quienes pierden sus días en la ociosidad, y si una noble conversación interesa, una charlatanería insulsa nos produce una leve irritación, totalmente gratuita.

El dotar el ocio de sentido es, en palabras de Machado, preferir "lo vivo a lo pintado", y el gran poeta español nos dice en una de sus composiciones menores:

*"Poned sobre los campos
un carbonero, un sabio y un poeta.
Veréis cómo el poeta admira y calla,
el sabio mira y piensa...
Seguramente, el carbonero busca
las moras o las setas.*

*Llevalos al teatro
y sólo el carbonero no bosteza.
Quien prefiere lo vivo a lo pintado
es el hombre que piensa, canta o sueña.
El carbonero tiene
llena de fantasías la cabeza."*

Este llenar de fantasías pintadas la cabeza es propio de los millones de carboneros espirituales de hoy. Por eso, y concretándonos en lo que nos importa, queremos, en la medida de lo posible, sintetizar las actitudes de esos millones de turistas que nos visitan o se desplazan a otros lugares del planeta con iguales o parecidos talantes, no todos carboneros, pero muchos buscando los castillos en España, que viene a ser algo parecido.

LOS POSIBLES TALANTES TURÍSTICOS

Lo que vamos a decir ahora no implica que se den como tipos puros, ya que no se definen cuerpos simples de química, sino que nos referimos a personas. Pero es posible descubrir en la multiforme variedad de conductas un hilo conductor, una manera de producirse al exterior, índice de secretas preferencias reveladoras de la personalidad del ser que tenemos "a mano", como diría Unamuno.

Genéricamente existe una actitud turística universal. Diríamos que es la del placer presentido, la pura premonición de la felicidad. Los momentos que preceden al viaje, a la estancia en otros lugares, se impregnan, como decía Simmel, del placer que esperamos obtener. Hacer el proyecto de vacaciones es "estar ya en vacaciones". Súbitamente la gris oficina, el severo despacho, el largo taller ruidoso se iluminan con el presentimiento de horas libres, de actividades jugosamente disfrutadas.

Y ello es así, porque la inicial disposición del turista es de fiesta y liberación. No es un azar que la propaganda haya captado los componentes de hecho de esta transitoria libertad y nos muestre gentes bajo soles rutilantes, con alegres vestidos, sobre fondos de terrazas de muebles ligeros o ninfas modernas saliendo del mar en ágil carrera, hacia sombrillas rutilantes. El turismo diríamos que es siempre "informal" en el sentido que utilizan esta palabra los anglosajones. Mal se compagina este talante de hoy con la cómica seriedad de la época

victoriana, y adquiere aires de sainete contemplar viejas fotografías donde, con increíble y perfecta inadecuación, un severo ciudadano con chistera diserta envaradamente con grupos de damas vestidas de pies a cabeza sentadas en el más perfecto ejemplar de silla incómoda.

La masa turística de hoy tiene, a mi modesto juicio, una inicial actitud que es posible después diferenciar como ahora veremos. En todo turista hay un deseo legítimo de diversión, de dirigir el espíritu hacia horizontes más amenos de aquellos que le preocupan, y no en vano dicen nuestros vecinos franceses: "les voyages font diversion au chagrin". El triste funcionario, el amargado burócrata, distienden sus frentes arrugadas ante el mar azul, se despreocupan al igual que se liberan de las formas envaradas de las relaciones jerárquicas obligatorias en su trabajo.

Por tanto, diríamos que la mayor parte de la masa de turistas desea fundamentalmente, y con él integramos nuestra primera parcela:

a) Los que sólo buscan diversión y un relativo descanso. La moderada diversión, en cuanto nos libera del contorno habitual e incluso nos hace olvidar la carga de pesadumbres cotidianas contiene un elemento de salud física y moral. Pero cuando la diversión pierde su dimensión ponderada, pasa a ser un elemento más de masificación y vulgaridad. Ello ocurre si el hombre no descarga parte de sus preocupaciones diarias asumiendo tareas que le reintegren a su condición más noble de ser total, sino cuando la diversión es huida y escapatoria estupefaciente de uno mismo y de los problemas. Esta evasión no es difícil de interpretar, pues el que huye cae de nuevo en los tipos de diversión masificada, donde el hombre que escapa vuelve a ser uno más entre los varios miles de fanáticos de un club de fútbol, de un torero, de un equipo de rugby, o de los cantantes histéricos de turno. La ausencia de todo *goce estético* en estas diversiones, las descalifican automáticamente, se trata de "matar el tiempo" sin darnos cuenta que al propio tiempo derrochamos nuestra propia vida, que se marcha con ese tiempo huero.

Cuando la diversión y el descanso se logran a través de ciertos medios honestos y lícitos estamos ya más cercanos al empleo digno del ocio. Los deportes practicados personalmente, no vistos como "espectáculo", la conversación inteligente, esa vieja y hoy casi olvidada distracción, la caza, los juegos de ingenio, las fiestas refinadas suelen combinar las dos tendencias permanentes de individualidad y rela-

ción social constantes en el hombre. Estas diversiones, en cuanto practicadas por el turista no enajenan por completo al hombre, pues completan su personalidad, son actividades que llevan a una personalidad más integrada. Frente a las diversiones de *masas*, hemos de oponer las diversiones de *grupo*, pues si bien en las primeras nos vemos arrastrados por el "público" o la "gente", en las segundas tratamos con "personas", y la característica impersonalidad de las primeras cede al contacto con seres concretos de la segunda.

El descanso es, pues, una versión de la diversión. No consiste en esa increíble frase que todos hemos oído de: "Yo en vacaciones no leo ni el periódico", sino en otro tipo de actividades gozosas libremente elegidas y moderadamente ejercitadas, algo radicalmente distinto de una frenética actividad agotadora y de la total recaída en un tipo de vida puramente animal, especie de reacción vegetal contra la tiranía de un trabajo agotador, poco acorde con la noble condición humana.

b) Los que buscan una evasión, con elementos de protesta y hastío. Nos referimos ahora a esos sectores minoritarios, que en parte por protesta no siempre sincera; como consecuencia de cierta vaciedad espiritual, o por hastío se juntan en lugares donde sea posible una ilusoria libertad, que adquiere forma de libertinaje sexual, pseudo-artístico y que en el fondo es incapacidad para enfrentarse con una vida de cierta autenticidad. En el campo literario podríamos referirnos —pese a su mediocridad—, a la novela de Rey, *Los pianos mecánicos*, y en la realidad al pulular de unos grupos de "beatniks" que aparecieron por Ibiza y otros lugares españoles. Debemos anotar que mirados los hechos de frente, tales grupos, en cuando se diferencian de la sociedad, son protesta; pero vistos desde dentro, son una masa más, dada la similitud en las maneras, en sus usos, hasta en su uniforme peculiar, prueba de su escasa capacidad de autenticidad creadora. La protesta se ha socializado, y es sintomático que rara vez nos refiramos a un "beatnik" como tal, sino que nuestras consideraciones son siempre de "grupo", en definitiva, masa. Sólo que esta colección humana es la "contra-élite". A las buenas maneras oponen las malas; al cuidado exquisito de la higiene y del vestido, el desaseo personal y la vestimenta estafalaria, aunque cultivan también la distancia y la diferencia, diríamos que hacia abajo, mientras la "élite" lo hace hacia arriba. La protesta tiende también a hacerse infra-humana.

c) Los que emplean su tiempo libremente de acuerdo con una dimensión humana.

Evidentemente se trata de una minoría, la que se ha salvado hasta ahora del proceso de masificación. Son los herederos de una cierta tradición cultivada por los que disfrutaban del ocio antiguo. hoy con un sentido diferente y en situación distinta, porque la antigua clase ociosa se basaba fundamentalmente en una organización social y económica, en trance de desaparición en nuestros días. Como tales sucesores de la tradición del ocio con dignidad, cultivan las artes, escriben los libros, elevan el grado de refinamiento de las relaciones sociales, o simplemente mantienen abierta su curiosidad e interés por las tareas del espíritu. Esta minoría, cuando interrumpe su tarea diaria, está siempre alerta para percibir las realidades del mundo, en el sentido de intuición total del sentido de la existencia. Se trata de un noble equilibrio entre el trabajo creador y socialmente valioso y el no menospreciado ocio y dignificación, cuya integración armónica constituye uno de los posibles caminos de recuperación de nuestro desequilibrio actual.

Es, pues, esta última actitud la que ha de propugnarse y facilitarse, aunque no sea tarea fácil, deslumbrado el hombre actual por sus conquistas en el campo de la ciencia y de la técnica, y dominado al propio tiempo por un irresistible afán de bienestar material, al precio que sea, sacrificando incluso su descanso. Si reducimos estos fines a su justa proporción, esto es, a considerar los que son puros medios para un fin superior, estaremos reinventando de nuevo algo que ha pervivido en la más noble tradición humanística de Europa, que el sentido de la existencia es el logro del perfeccionamiento espiritual, y a ello podrá contribuir poderosamente esta forma de ocio organizado, que es el turismo.



RESUME

ALFREDO ROBLES A. DE SOTOMAYOR: *Loisirs et Tourisme.*

On considère le Tourisme comme une libération. Son développement actuel se verra considérablement augmenté quand les progrès de l'automatisation libéreront l'homme de l'esclavage du travail. Mais il faudra penser alors à remplir le temps libre des hommes puisque une éthique du travail, qui domine dans la société occidentale, a dérivé vers des formes dégénérées de l'emploi du temps libre. Les loisirs classiques, comme culture modérée des activités, nobles, sont un concept seulement efficace pour une minorité, mais il sera nécessaire de l'amplifier pour remplir le futur temps libre.

Le temps libre est celui que les touristes emploient, mais "comment" ils l'emploient nous révèle les possibles attitudes de ceux-ci, que l'auteur différencie en trois grands groupes: le premier se compose de ceux qui cherchent divertissements de "masses", ainsi qu'un repos qui soit l'exercice d'activités élues et modérément exercées. Le deuxième groupe se compose de ceux qui cherchent une évasion avec des éléments de protestation sociale à laquelle se joint un certain ennui. L'auteur considère que, en grande mesure, cette protestation est une posture peu authentique et représente dans sa manifestation externe la "contre-élite".

Finalement, on trouve la plus grande partie des touristes qui emploient librement leur temps d'accord avec une dimension humaine, en ligne avec la tradition classique des loisirs, c'est à dire la culture des arts, du raffinement dans les relations sociales, ou simplement en maintenant alerte sa curiosité et intérêt pour les tâches de l'esprit. C'est pour cette version des loisirs organisés que nous devons nous prononcer dans un avenir qui est déjà tout proche.

SUMMARY

ALFREDO ROBLES A. DE SOTOMAYOR: *Leisure and Tourism.*

Tourism is considered as a liberation. Its present increasing will still be made bigger in a time when the progress of automatics liberates men from the slavery of work. Then we must consider the contents of our spare time. Labour classic notion of spare time used in the moderate exercise of noble. The classic notion of spare time used in the moderate exercise of noble activities can only be applied to a certain minority. Thus we will have to enlarge the survey on the essence of recreation in the future.

Tourists spend a great deal of leisure or spare time. The ways they spend it are revealing of their possible attitudes which the author distinguishes into three groups. The first one includes people who goes on for entertainments as well as rest, up to a point. They advocate small group diversions as opposed to mass amusements, searching rest with free selected activities moderately indulged in. The second group is composed by those looking for an evasion of social environment that even produces a certain disgust and a kind of protest. The author considers this disapproval as a not genuine attitude which he considers only represents the counter-élite in its external disclosure. Then we have too the nucleus of tourists who spend their time according with a human extent, thus following the classical notion of leisure, that is the improvement of arts, the promotion of culture, the subtilty in our traditional social fellowship. This approach shows an intentness and curiosity related to all manifestations of the spirit. Here, in this group the author sees the beginning of the organized recreation. That should be the way to keep on the soon coming future.

ZUSAMMENFASSUNG

ALFREDO ROBLES A. DE SOTOMAYOR: *Musse und Tourismus.*

Der Tourismus wird wie ein Freisein betrachtet. Sein augenblicklicher Entwicklungsstand wird sich noch wesentlich vergrössern, wenn die Fortschritte der Automatisierung den Menschen von der Sklaverei der Arbeit befreien. Aber dann wird man daran denken müssen, der freien Zeit der Menschen einen Inhalt zu geben, denn eine Arbeitsethik, die in der westlichen Gesellschaft vorherrscht, hat zu degenerierten Formen in der Verwendung der Freizeit geführt. Die klassische Musse als mässige Pflege nobles Beschäftigungen ist ein Begriff, der nur für eine Minderheit gilt, aber es wird notwendig sein, sie zu erweitern, um der zukünftigen Freizeit einen Inhalt zu geben.

Die Freizeit ist die, die der Tourist benutzt, aber "wie" er sie benutzt, zeigen uns seine Beschäftigungsmöglichkeiten, die der Autor in drei grossen Gruppen teilt: Die erste Gruppe setzt sich aus denen zusammen, die Vergnügen und eine relative Entspannung suchen, er vergleicht die "Gruppen" — Vergnügungen gegenüber den "Massen" — Vergnügungen, sowie ein Ausspannen, dass die Ausübung von frei erwählten und mässig gepflegten Beschäftigungen ist. Die zweite Gruppe setzt sich aus denjenigen zusammen, die eine Ausflucht suchen mit sozialen Protestmitteln, wo noch ein gewisser Widerwillen hinzukommt. Der Autor ist der Meinung, dass dieser Protest in grossem Masse eine wenig echte Haltung ist und in seiner externen Offenbarung die "Kontra-Elite" darstellt.

Schliesslich gibt es die Touristengruppe, die ihre Freizeit einfach frei noch einer humanen Dimension benutzt, in gerader Linie mit der klassischen Tradition der Musse, d. h. der Pflege der Künste, der Kultur, der Verfeinerung der gesellschaftlichen Beziehungen, oder einfach dadurch, dass sie ihren Wissensdurst und Interesse für die geistigen Arbeiten wachhalten. Für diese Version von organisierter Musse werden wir uns für die Zukunft, die schon vor der Tür steht, entschliessen müssen.